

**ESCRIBIENDO  
HISTORIA  
EN EL SIGLO 21:  
DESAFIOS Y RESPUESTAS**

**Julián  
Casanova**



ESCRIBIENDO HISTORIA EN EL SIGLO XXI:  
DESAFIOS Y RESPUESTAS

NÚMERO 2

2021

© Instituto de Historia  
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Versión Digital

Ediciones Instituto de Historia

Marzo 2021.

**ESCRIBIENDO HISTORIA  
EN EL SIGLO XXI:  
DESAFIOS Y RESPUESTAS**

Julián Casanova

## PRESENTACION

David Aceituno Silva  
Ricardo Iglesias Segura  
Mauricio Molina Ahumada

“(...) existe un flujo recíproco extraordinariamente complejo de interacciones entre los hechos referentes a la población, el suministro de alimentos, el clima, las reservas en oro y plata, los precios, etc., por una parte y los valores, las ideas y las costumbres por otra.”

*Lawrence Stone*

En el siglo XIX chileno el estudio y enseñanza de la Historia tuvo que enfrentar una discusión muy interesante en torno a sus referentes epistemológicos y concepciones disciplinarias, vale decir, el corpus historiográfico. En el siglo decimonónico chileno el debate estuvo determinado por la valoración que se hacía del pasado que dieron origen a dos posturas. La primera, planteaba que el presente y el futuro eran una prolongación del pasado, y una segunda quienes tenían una postura crítica y negacionista del pasado. Las diferencias entre ambas posturas no son del todo radicales ni excluyentes y podemos señalar que de cierta forma “las mis-

mas filosofías son selectivamente acogidas por ambos bandos y aplicadas según los propios fines y criterios”<sup>1</sup>

Los dos personajes que monopolizaron la discusión en torno a la idea de la historia, Andrés Bello y José Victorino Lastarria, no podemos considerarlos, en extremo conservadores o liberales. Las concepciones de la historia que estuvieron en disputa son altamente pertinentes para comprender y analizar que no se restringen exclusivamente a la cuestión liberal-conservadora, sino que este debate se correspondía con las discusiones en torno a la construcción de la nación y del estado “o de alguna forma constituyeron el marco general en el cual se debatieron las cuestiones de la cultura escrita”<sup>2</sup>.

Las dos posturas se definían por sus posiciones frente al pasado. Unos luchando en contra y otros aceptándolo como algo positivo. Los conservadores quisieron atesorar el pasado y asirse a las tradiciones. Los pensadores liberales, en cambio, no asimilaron el pasado, no hubo intención de conservarlo, se negó porque correspondía rechazar ya que “eso no es ni lo que queremos ni lo que debemos ser”.<sup>3</sup> Los pensadores liberales buscaban cimentar un nuevo orden y el principal objetivo era consolidar la Independencia y para ello no se debía tener referencias al pasado colonial.

El siglo XIX chileno fue de gran de gran producción en

- 1 Salazar, Augusto, ¿Existe una filosofía de nuestra América?, México, Editorial siglo XXI, 1969, p. 19.
- 2 González, Beatriz, La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX, Madrid, Ed. Casa de las Américas, 1987, p. 48.
- 3 Zea, Leopoldo, El pensamiento latinoamericano, Barcelona, 1976, p. 31.

cantidad y calidad de obras históricas y en donde la disciplina histórica “adquirió rango profesional y universitario, y los historiadores produjeron trabajos de gran aliento que procuraron ofrecer la historia de sus respectivas naciones (...)”<sup>4</sup> Así mismo la gran discusión estuvo centrada en torno a historia filosófica o historia narrativa.

La historia filosófica tenía como ideario la construcción de la ciencia de la humanidad y el objeto del estudio de la historia no eran sólo los hechos del pasado, sino que sus relaciones, causas y efectos. Estos historiadores procuraron encontrar leyes y principios generales que explicarían los hechos. Por el contrario, la historia narrativa estaba preocupada de subrayar la especificidad y las particularidades de cada época. De esta forma resaltaba la historicidad y negaban la posibilidad de encontrar leyes o principios generales del comportamiento humano y de los hechos históricos y su elección fue contar como ocurrieron los hechos.

La concepción de la historia como ciencia de la humanidad en un sentido metafísico, y la otra, la narrativa como ciencia concreta y empírica habría de marcar a los pensadores chilenos, quienes tomaron posición según la visión que tenían sobre el pasado. Estas posiciones no sólo tenían que ver con su idea de la historia, sino con el presente en que estaban insertos.

En la postura de la historia narrativa estuvo Andrés Be-

4 Dager, Joseph, «El debate en torno al método historiográfico en el Chile del siglo XIX», *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 28 (2002), p. 98.

llo quien argüía que el trabajo histórico debía poner claro los hechos, describirlos, sondear sus causas y consecuencias y que la búsqueda de leyes generales es sólo en el ámbito de la naturaleza y que sólo por el estudio de las individualidades “podemos remontarnos a la síntesis que las comprendía y formula”<sup>5</sup>.

Los hechos manifiestan las ideas y no las ideas manifiestan los hechos. Su idea de la filosofía de la historia queda mucho más clara cuando aseveraba que la filosofía de la historia es una ciencia de la humanidad, en general, pero que la historia es una ciencia concreta que se ocupa de cuestiones particulares, de sociedades y hombres en marcos temporales acotados, y ello “hace en cada hombre-pueblo, una idea que progresivamente se desarrolla vistiendo formas diversas que se estampa en el país y en la época”.<sup>6</sup> Bello estaba convencido que la historia de Chile no estaba escrita, y que, por lo tanto, la nación chilena no era la humanidad en abstracto, sino que explicar la historia de Chile, tenía especificidades y que ésta debía ser explicada por sí misma.

Los liberales no se centraban en hechos históricos, sino que, en sus causas y efectos, para descubrir principios y leyes que estaban a la base de manera de desentrañar el sentido de la historia. En este tipo de historia eran recurrentes las referencias conceptuales propias del pensamiento ilustrado europeo como: progreso, razón y libertad. Estos conceptos

5 Bello, Andrés, «Modo de escribir la Historia» en BELLO, Andrés, Obras Completas Temáticas Educativas, Caracas, Fundación La Casa de Bello, 1982, p. 101

6 *Ibidem*, pp. 112-113.

permitían analizar críticamente y asumir una postura frente al pasado.

El principal expositor de la tendencia liberal en su conceptualización acerca de la historia fue José Victorino Lastarria quien no tiene una obra en la cual exponga sus preceptos conceptuales acerca de la historia. Sin embargo, al amparo de su vasta obra se puede advertir el sentido que la historia tenía para el pensador.

La historia era un medio y no un fin para explicar el triunfo del hombre sobre la naturaleza. El centro de todo no eran los hechos, sino que los principios para obtener de ella una lección: educar a los jóvenes y demostrar, por medio de la historia, cual podría ser el porvenir, el futuro. Así se refirió a la razón por la cual la sociedad debía acudir a la historia como depositaria de la experiencia para sacar lecciones de la desgracia ya que de ella se pueden conocer las leyes inmutables de la felicidad, de la declinación y sobre todo como enseñanza para atisbar “las influencias del pasado que pueden detener su progreso, los errores que deben encaminarla a su ruina y en fin, sólo en ella puede estudiar la marcha que ha seguido y el grado y posición que ocupa en la escala de las naciones (...) Los hombres públicos (...) [que deben] encargarse de la difícil tarea de dirigir un estado, deben por esta razón conocer a fondo la historia del pueblo cuya ventura se les encomienda”.<sup>7</sup>

7 Lastarria, José Victorino, Investigaciones sobre la influencia social de la Conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile, Santiago, Imprenta del Siglo, 1844, p. 11.

La historia era para Lastarria la forma en que se podía alcanzar el progreso y la felicidad, pero sobre todo lo que ilumina su pensamiento es la idea de la perfección de la humanidad.

En Chile la disputa principal radica, en gran medida, a la funcionalidad de la historia, y como ésta asumió una importancia en el campo de lo político, es decir, en el modo de construir una nación en relación con su pasado y la “discusión no era, pues, puramente académica: era en el fondo, política. Pero los diferentes planos que la cuestión implicaba no fueron nítidamente discernidos”.<sup>8</sup>

Estas discusiones y debates han estado presente a largo de la historia contemporánea y una de las más interesantes a nivel internacional fue la planteada por Lawrence Stone.

En la década de los ochenta y noventa del siglo XX fallecieron Michel Foucault (1984), Fernand Braudel (1985), Paul de Man (1983), Louis Althusser (1990), E. P. Thompson (1993), Ernest Gellner (1995), George Duby (1996), Raphael Samuel (1996) Thomas Kuhn (1996), Francois Furet (1997), Isaiah Berlin (1997) entre otros. Con sus muertes se fue cerrando un ciclo generacional con los protagonistas de las discusiones historiográficas de gran parte del último tercio del siglo XX. No obstante, no se despejaron los problemas planteados respecto a la comprensión de la historia y sus métodos, que en Francia fue dominado por la cuarta

8 Oyarzún ,Luis, El Pensamiento de Lastarria, Valparaíso, Editorial Jurídica de Chile, 1953, p. 215.

generación de la Escuela de los Annales y en el Reino Unido por historiadores marxistas.

Probablemente una de las discusiones más relevantes fue la planteada por Lawrence Stone, insigne historiador inglés que tuvo una influencia notable gracias a sus obras, entre las cuales cabe subrayar, los artículos reunidos en *The past and the present* (1981)<sup>9</sup> y los libros donde aparece como compilador centrado en la historia de la educación: *The University in Society* (1974-1975) y *Scholling and Society: studies in the history of education* (1976). Aunque sus trabajos más importantes sean los referentes a la historia de Inglaterra desde la Guerra de las Rosas hasta la Revolución de Cromwell, tiene también muy importantes estudios sobre demografía histórica, vida familiar, estructuras domésticas, los cambiantes papeles sexuales, entre otros.

Cuando en 1979 Stone publica el artículo *The Revival of Narrative: reflections on a new old history* en *Past and Present*<sup>10</sup> generó un gran revuelo debido a que planteó que se había producido, a propósito del impulso de la Nueva Historia, un cambio fundamental en la historiografía que hacía pensar en el fin de la creencia que era posible una explicación científicamente coherente de las transformaciones del pasado. De esta manera, había surgido o resurgido una nueva historiografía centrada en aspectos de la existencia humana

9 Stone, Lawrence, "The revival of narrative: reflections on a new old history", *Past & Present*, Volume 85, Issue 1, November 1979, pp. 3-24.

10 Existen versiones en castellano publicadas: Stone, Lawrence, "La historia como narrativa" en *Debats*, N° 4, 1983, pp. 95-119 y en libro *El pasado y el presente*, Fondo de Cultura Económica; México, 1986, pp. 95-119.

que no se reducían a modelos abstractos, y que por lo tanto había que estudiar las acciones humanas colectivas o individuales como motores de los cambios. Esto implicaba una modificación manifiesta en los contenidos, métodos y estilo de ejercer el oficio de historiador e historiadora, y sobre todo en la narración histórica. Por cierto, que esto trajo consigo importantes réplicas como la de Eric Hobsbawm.<sup>11</sup>

La nueva narrativa planteada por Stone “*se entiende como la organización de cierto material según una secuencia ordenada cronológicamente y, como la disposición del contenido dentro de un relato único y coherente, si bien cabe la posibilidad de encontrar vertientes secundarias dentro de una trama. La historia narrativa difiere de la historia estructural fundamentalmente de dos maneras: su ordenación es descriptiva antes que analítica y concede prioridad al hombre por encima de las circunstancias*”.<sup>12</sup> Este dilema y debate sigue estando presente en nuestro quehacer cada vez que la Historia se acerca a la narrativa y en especial al campo que ocupa la escritura literaria.

La narración Histórica ha tenido encuentros y desencuentros constantes con su par literario que ha alcanzado durante los últimos años bastante notoriedad, como es la novela histórica. En algún sentido, para algunos la investigación histórica podría incluso llegar a ser una anti-literatura, en el sentido que busca alejarse de la ficción lo más posible y acercarse a la “verdad” por medio de un discurso normativo cercano a

11 Hobsbawm, Eric, “The revival of narrative: some comments”, *Past and Present*, Nº 85, 1980, pp. 2-8.

12 Stone, Lawrence, “La historia como narrativa” *op. cit.*, p. 95.

las otras disciplinas científicas.<sup>13</sup> Pese a esto, la Historia ha estado emparentada con la narrativa literaria más de lo que nos gustaría reconocer, su insistencia en el uso de fuentes, su disciplina y método no necesariamente la alejan de las formas literarias, al contrario, insistir en separar investigación con escritura, podría generar en el público no especializado un desinterés por leerla que la llevaría al aislamiento.

Una solución intermedia es la que se demanda con urgencia, la Historia no es solo investigación profesional ni es solo literatura, esta última debe ser un beneficio epistemológico, es como señala Jablonka “un método en una escritura”<sup>14</sup> donde la construcción narrativa de la Historia produce conocimiento porque se despliega en un texto, en una escritura que da “acceso” al pasado a quien la lee. Detrás de estos textos están, sin lugar a duda la rigurosidad, el trabajo de fuentes, etc. la Historia no será nunca ficción, pero tampoco puede ser la fría ilación de datos, por el contrario, debe invitar a su lectura, debe acercarse a la ciudadanía, hablar del pasado y asumir su rol en la democracia actual. Esa es la invitación de Julián Casanova, aquella que hace que el historiador salga de su escritorio al espacio público, con la rigurosidad de un investigador y la calidad de un escritor para comunicar las ideas y desentrañar mitos o errores del pasado, para que alcancen utilidad en el presente recuperando los debates iniciados por Stone décadas antes. Finalmente, como señala Rancière, la cuestión no es “saber si el historiador debe o no hacer lite-

13 Jablonka, Iván. *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las Ciencias Sociales*. Argentina: Fondo de Cultura Económica. 2016. P. 16

14 Jablonka, Iván. *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las Ciencias Sociales*. Argentina: Fondo de Cultura Económica. 2016. P. 17

ratura, sino cuál hace”<sup>15</sup>, o sea que su texto se convierta en una narrativa que sirva para dar sensibilidad a los hechos y conceptos propios de la investigación histórica.

En las páginas siguientes podrán apreciar como estos asuntos son abordados por el destacado historiador Julián Casanova quien el año 2019 realizó un ciclo de conferencias en torno a la dictadura franquista y a las formas en que ha discurrido el trabajo de las y los historiadores en tono a temas de historia social, su visión de acerca de la historia y su papel en la esfera pública y política, la importancia de la investigación, la lectura y la crítica para la formación de los historiadores e historiadores y por cierto, la relevancia de la narrativa histórica.

El destacado historiador Julián Casanova nos proporciona en primer lugar un análisis de la dictadura de Franco y en segundo lugar una conversación/entrevista realizada con nuestros académicos David Aceituno y Claudio Llanos.

Este texto que hacemos llegar a ustedes es una forma de darles la bienvenida con el objeto cultural que más apreciamos: los libros y esperamos que estas primeras ideas acerca de la historia les permiten entender su importancia tanto en el conocimiento de la historia como en su difusión, divulgación y enseñanza.

En palabras del propio Casanova sobre la importancia de

15 Ranciére, Jacques. Los nombres de la historia, Una poética del saber. Buenos Aires: Nueva Visión. 1996. P.203

la difusión histórica para el conocimiento público y de las nuevas generaciones indica que “La historia puede ser una herramienta de indagación, de búsqueda, de lectura crítica. Puede ser todo lo científica que se quiera, pero si no se comunica con precisión, tanto oral como de forma escrita, entonces el historiador es un personaje ajeno a la sociedad, y esto es lo que está cambiando y ha cambiado en los últimos años.”<sup>16</sup>

En este sentido, el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso reitera lo señalado en el número anterior de esta colección “Creemos profundamente en el valor de la Historia y enseñanza en las escuelas y en la sociedad, sencillamente porque debemos construir conocimiento histórico para difundirlo y para enseñarlo, creemos profundamente en su vigencia, y creemos intensamente en la enorme contribución que harán al progreso de las personas y de la sociedad”<sup>17</sup>

Por tales razones colocamos al servicio de la comunidad académica y de la sociedad este interesante escrito y reflexión de la historia.

16 *Historia de las Historias. Conversación Una conversación entre Magdalena Lasala y Julián Casanova* en radio Zaragoza 26 de mayo del 2016.

17 Burke, Peter. *Escribiendo Historia en el siglo 21: Desafíos y respuestas*. Ediciones Instituto de Historia, enero 2019, P.7

**LA DICTADURA DE FRANCO  
EN LA EUROPA DEL SIGLO XX**

Julián Casanova

## La dictadura de Franco en la Europa del siglo XX<sup>1</sup>

Cuando acabó la guerra civil española, más de la mitad de los 28 estados europeos estaban dominados por dictaduras con poderes absolutos, que no dependían de mandatos constitucionales ni de elecciones democráticas. Excepto en el caso de la Unión Soviética de Stalin, todas esas dictaduras procedían del firmamento político de la ultraderecha y tenían como uno de sus principales objetivos la destrucción del comunismo.

El general Francisco Franco y su dictadura no eran, por lo tanto, una excepción en aquella Europa de sistemas políticos autoritarios, totalitarios o fascistas. Pero al margen de las categorías que se utilicen para definirlos, la mayoría de esos despotismos modernos eran hijos de la Primera Guerra Mundial, la auténtica línea divisoria de la historia europea del siglo XX, la ruptura traumática con las políticas del orden autocrático imperial hasta entonces dominantes.

Como España no participó en esa contienda, el ascenso al poder de Franco se pareció poco, de entrada, al de esos nobles, políticos y militares que, tras convertirse en héroes nacionales por su lucha contra el enemigo exterior, encabezaron el movimiento contrarrevolucionario, antiliberal y antisocialista en sus países desde los años veinte. Józef Pilsudski en Polonia y Miklós Horthy en Hungría son los mejores ejemplos. La del almirante Horthy, fue, en realidad, la primera dictadura contrarrevolucionaria en aparecer porque el antiguo jefe de la armada imperial tomó el poder tras el derrocamiento del ensayo revolucionario de Béla Kun en agosto de 1919 y unos meses después, en

1 Casanova, J. ed. (2015), Introducción *Cuarenta años con Franco*, Crítica, Barcelona, 2015, pp. 7-14

enero de 1920, fue nombrado regente vitalicio, dado que la restauración de la dinastía de los Habsburgo estaba prohibida por los tratados internacionales. Gobernó hasta finales de 1944, cuando los alemanes y soviéticos se disputaban el control del territorio húngaro.

Esas dictaduras que surgieron en Europa en los años veinte recuperaron algunas de las estructuras tradicionales de la autoridad presentes en su historia antes de 1914, pero tuvieron que hacer frente también a la búsqueda de nuevas formas de organizar la sociedad, la industria y la política. En eso consistió el fascismo en Italia, el primero en germinar como producto de la Primera Guerra Mundial, y a esa solución se engancharon en los años treinta algunos partidos y fuerzas de la derecha española. Una solución al problema de cómo controlar el cambio social y frenar la revolución en el momento de la aparición de la política de masas.

El fascismo apareció más tarde en España que en la mayoría de los países europeos, sobre todo si la referencia es Italia y Alemania, y se mantuvo muy débil como movimiento político hasta la primavera de 1936. Durante los primeros años de la Segunda República, apenas pudo abrirse camino en un escenario ocupado por la extrema derecha monárquica y por la derechización del catolicismo político. El triunfo de Adolf Hitler en Alemania, sin embargo, atrajo el interés de muchos ultraderechistas que, sin saber todavía mucho de fascismo, vieron en el ejemplo de los nazis un buen modelo para acabar con la República. El que iba a ser el principal partido fascista, Falange Española, fue fundado en octubre de 1933, cuando el fascismo era ya un movimiento de masas consolidado en varios países europeos.

Poco tuvo que ver Franco, por lo tanto, si lo que seguimos considerando es la conquista del poder, con la forma en que lo consiguieron los dos líderes fascistas más importantes, Benito Mussolini y Hitler, a través de la movilización de las masas con partidos que ellos mismos habían creado. Mussolini subió al poder con una combinación de

violencia paramilitar y maniobras políticas, sin necesidad de tomarlo militarmente –pese al mito forjado después de la marcha sobre Roma por el fascismo victorioso– o ganar unas elecciones. Y el nombramiento de Hitler como canciller del Reich el 30 de enero de 1933, porque Paul von Hindenburg, presidente de la República, así lo decidió, fue el resultado del pacto entre el movimiento de masas nazi y los grupos políticos conservadores, con los militares y los intereses de los terratenientes a la cabeza, que querían la destrucción del sistema republicano de Weimar y de la democracia.

Unos años después, Franco comenzó el asalto al poder con una sublevación militar y lo consolidó tras la victoria en una guerra civil. La guerra civil se produjo porque el golpe de estado no consiguió de entrada su objetivo fundamental, conquistar el poder y derribar al régimen republicano, y porque, al contrario de lo que ocurrió con otras Repúblicas europeas, derribadas sin necesidad de guerra civil por golpes militares contrarrevolucionarios, movimientos autoritarios o fascistas, en España hubo una resistencia importante y amplia, militar y civil, frente a ese intento de conquista violenta del poder.

Sin esa combinación de golpe de estado, división de las fuerzas armadas y resistencia, nunca se hubiera producido una guerra civil. Si el golpe militar hubiera triunfado desde el principio, le hubiera seguido una dictadura, pero no una guerra civil. Eso es lo que sucedió en Grecia, el otro país europeo, junto con España, donde había una crónica tendencia de los militares a intervenir en el proceso político. El 4 de agosto de 1936, tan sólo unos días después de la sublevación en España, el general Ioanis Metaxás declaró la suspensión de los artículos de la constitución e implantó una dictadura, con el apoyo del rey Jorge II, que duró hasta su muerte en enero de 1941. Tres meses después, Grecia fue invadida y ocupada por Alemania, Italia y Bulgaria.

Mientras Franco consolidaba su dictadura tras el triunfo en la guerra civil, los que los españoles llamamos posguerra, la Segunda Guerra

Mundial ponía patas arriba el mapa de Europa que había salido de la de 1914-1918. Entre 1939 y 1941, siete dictaduras derechistas de Europa del este cayeron bajo el dominio directo de Alemania o Italia: Polonia, Albania, Yugoslavia, Grecia, Lituania, Letonia y Estonia. En el mismo período, siete democracias fueron desmanteladas: Checoslovaquia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia.

Casi todo el continente europeo quedó bajo el orden nazi, gobernado por dirigentes nombrados por Hitler o dictadores “títeres”, que solían ser líderes de los movimientos fascistas que no habían podido tomar el poder antes de 1939, pero que aprovechaban el nuevo escenario creado por la invasión militar alemana. Los principales ejemplos fueron la administración de Vichy en Francia bajo el mariscal Philippe Pétain; el régimen de Joosson Quisling en Noruega; el dirigido por el movimiento Ustase de Ante Pavelic en Croacia; y el que gobernó Hungría, aunque sólo en los meses finales de 1944, con Ferenc Szálasi, líder de la Cruz Flechada.

El destino de todos esos regímenes quedó vinculado al de la Alemania nazi. Y entre los últimos meses de 1944 y los primeros de 1945, todos esos países fueron invadidos por los ejércitos de la Unión Soviética o de los aliados occidentales. Las dictaduras derechistas, que habían sido dominantes desde los años veinte, desaparecieron de Europa, salvo en Portugal y España. Francisco Franco y Antonio Oliveira de Salazar fueron, por lo tanto, los únicos dictadores que, como no intervinieron oficialmente en la Segunda Guerra Mundial, pudieron seguir en el poder tras ella. Esa es una gran diferencia entre las dictaduras de Europa del este, destruidas por la guerra, y las de la Península Ibérica; y entre Franco y Salazar y todos esos dictadores, fascistas o no, que fueron ejecutados o acabaron en el exilio tras 1945.

Franco se libró, obviamente, de ese final, aunque la intervención italiana y alemana había sido decisiva para su triunfo en la guerra y conquista del poder y aunque el fervor del sector más fascista de su dicta-

dura por la causa nazi se había manifestado, pese a la no beligerancia oficial española, en la creación en 1941 de la División Azul, por la que pasaron cerca de 47.000 hombres que lucharon contra el comunismo en el frente ruso.

Muertos Hitler y Mussolini, Franco siguió treinta años más. Vista desde esta perspectiva comparada, el rasgo distintivo de la historia de España en el siglo XX fue la larga duración de la dictadura de Franco después de la Segunda Guerra Mundial. No fue un paréntesis, sino el elemento central que dominó el escenario de forma absoluta durante esas tres décadas.

Al tratar de identificar las causas de esa larga duración, siempre sale, en primer lugar, por orden de aparición en la historia, la represión y la cultura excluyente, ultranacionalista, que dominaron la sociedad española desde la victoria en la guerra a la muerte de Franco. El mantenimiento de ese escenario de violencia, miedo y vigilancia durante tanto tiempo resulta incomprensible si no se tiene en cuenta el papel fundamental del Ejército, del ejército de Franco, construido en medio de una guerra civil y de una posguerra victoriosa, que garantizó en todo momento la continuidad de la dictadura, porque unido en torno a su Caudillo y al recuerdo del 18 de julio, no presentó fisuras. Y con el paso del tiempo, cuando alguien le expresaba a Franco su preocupación por el futuro, por la sucesión, por la amenaza liberal o roja, la respuesta del dictador siempre era la misma: ahí estaba el Ejército, para defender, “en último término”, su victoria. Frente al desorden y la subversión, recordó Carrero Blanco en un discurso ante el Estado Mayor en abril de 1968, siempre quedarían “en último extremo las fuerzas armadas”.

Franco y su ejército debieron también adaptarse a los cambios en la situación internacional. Soñaron con un nuevo imperio español y, en realidad, dado su escaso potencial, tuvieron que liquidar lo poco que quedaba de él, los territorios africanos, desde el Protectorado de Marruecos a Sidi Ifni y Guinea Ecuatorial, que fueron abandonados

uno tras otro desde mediados de los años cincuenta, hasta que sólo quedó el Sahara español, un territorio por el que España entró en conflicto abierto con Marruecos justo cuando Franco agonizaba. Aunque la pérdida del Protectorado en 1956 fue un duro revés para muchos oficiales españoles, que habían hecho allí su carrera militar, mantenerse al margen de las aventuras imperiales fue, al final, una gran ventaja para el franquismo, que no experimentó las graves fricciones en el seno del ejército que a otras dictaduras, como a la portuguesa, le causó el conflicto colonial.

La situación internacional, en verdad, fue muy propicia para el franquismo, desde sus orígenes hasta el final. En 1939, derrotada la República, el clima internacional tan favorable a los fascismos contribuyó a consolidar la violenta contrarrevolución iniciada ya con la ayuda inestimable de esos mismos fascismos desde el golpe de julio de 1936. Muertos Hitler y Mussolini, a las potencias democráticas vencedoras en la Segunda Guerra Mundial les importó muy poco que allá por el sur de Europa, en un país de segunda fila que nada contaba en la política exterior de aquellos años, se perpetuara un dictador sembrando el terror e incumpliendo las normas más elementales del llamado “derecho internacional”. En palabras de un alto diplomático británico, la España de Franco “sólo es un peligro y una desgracia para ella misma”. Por eso, a lo máximo que llegaron las democracias tras la Segunda Guerra Mundial fue a presionar al Gobierno de Franco porque, como bien precisó hace años Laurence Whitehead, en su estudio de los aspectos internacionales de la democratización, “una cosa era declarar a Franco un paria y otra muy distinta perder soldados en un intento de derrotarlo o de fomentar una guerra civil”.

Como señaló el mismo Whitehead, después de la Segunda Guerra Mundial los gobiernos de Europa occidental “se acostumbraron a coexistir con una variedad de regímenes no democráticos” y ya no intervinieron. Conforme avanzaba la guerra fría, “siempre y cuando esos gobiernos se convirtiesen en aliados fiables en la contienda mun-

dial contra la Unión Soviética, no se ejercería sobre ellos una presión irresistible para que se ‘democratizasen’”. Franco y su régimen fueron, así, gradualmente rehabilitados, algo que se confirmó plenamente con los Acuerdos con Estados Unidos firmados el 26 de septiembre de 1953, la firma del Concordato con el Vaticano el 27 de agosto de aquel mismo año y el ingreso de España en la ONU en diciembre de 1955.

Sin intervención exterior, con un ejército unido y con un apoyo unánime, salvo en los últimos años, de la Iglesia católica, en su labor educativa y de control social, la dictadura de Franco estaba destinada a durar, aunque las dictaduras no se sostienen sólo en las fuerzas armadas, en la represión o en la legitimación que de ellas hacen los poderes eclesiásticos. Para sobrevivir y durar, necesitan bases sociales y la dictadura de Franco, salida de una guerra civil, no fue en ese aspecto una excepción.

Los apoyos del franquismo fueron amplios, más allá de toda la gente de orden que se sumó a la sublevación y estuvo siempre agradecida a Franco por la victoria. Salvo los más reprimidos, perseguidos y silenciados, a los que la dictadura excluyó y nunca tuvo en cuenta, el resto de esa España que había estado en el bando de los vencidos se adaptó, gradualmente y con el paso de los años, con apatía, miedo y apoyo pasivo, a un régimen que defendía el orden, la autoridad, la concepción tradicional de la familia, los sentimientos españolistas, la hostilidad beligerante contra el comunismo y un inflexible conservadurismo católico.

Los cambios producidos por las políticas desarrollistas, a partir del Plan de Estabilización de 1959, aconsejado por el Fondo Monetario Internacional, y de la llegada de los tecnócratas del Opus Dei al Gobierno, ampliaron y transformaron sus bases sociales. El crecimiento económico fue presentado como la consecuencia directa de la paz de Franco, en una campaña orquestada por Manuel Fraga desde el Ministerio de Información y Turismo y plasmada en la celebración en 1964 de los XXV Años de Paz, que llegó hasta el pueblo más pequeño de España.

Dos años después, tras aprobarla las Cortes, se pidió a los ciudadanos que aprobaran en referéndum la Ley Orgánica del Estado y de nuevo el ministro Fraga inundó de propaganda las calles españolas con la consigna “Votar sí es votar por nuestro Caudillo. Votar no es seguir las consignas de Moscú”. Con todas las irregularidades propias del aparato político de la dictadura, votó, según cifras oficiales, casi el 89 por ciento del censo electoral, con un 95.9 de votos afirmativos y 1.79 de negativos, y el referéndum fue utilizado como la prueba más palmaria del apoyo popular a Franco y a su régimen. El desarrollismo y la machacona insistencia en que todo eso era producto de la paz de Franco, dieron una nueva legitimidad a la dictadura y posibilitaron el apoyo, o la no resistencia, de millones de españoles.

Esos “buenos” años del desarrollismo, opuestos a la posguerra, la autarquía y el hambre, alimentaron la idea, sostenida todavía en la actualidad por la derecha política, de que Franco fue un modernizador que habría dado a España una prosperidad sin precedentes. Resulta difícil creer y demostrar, sin embargo, que un general que, junto con sus compañeros de armas, provocó una guerra civil, con efectos desastrosos, y se mantuvo en el poder absoluto y de forma violenta durante casi cuatro décadas, fuera un modernizador o un salvador de la patria frente al comunismo y la revolución.

Buscar explicaciones racionales a fenómenos tan irracionales, y complejos, como el Gran Terror, el Holocausto o las diferentes manifestaciones de la violencia desatada por esos dictadores, siempre ha resultado una tarea difícil, casi imposible, para los historiadores. Pero sabemos perfectamente, por las numerosas pruebas existentes, evaluadas y contrastadas, que toda esa modernización y desarrollo de las dictaduras, cuyos dirigentes llevaron el culto a la personalidad a extremos sin precedentes, fueron obtenidas a un horroroso precio de sufrimiento humano y de costes sociales y culturales. En España, como en otros países con regímenes dictatoriales, la ciencia y la cultura fueron destruidas o puestas al servicio de los intereses y objetivos del poder. Y

para muchos españoles, la dictadura significó cuatro décadas de miedo, subordinación, ignorancia y olvido de su propio pasado y del mundo exterior.

Más de una generación de españoles creció y vivió bajo el dominio de Franco, sin ninguna experiencia directa de derechos o procesos democráticos. Ese gobierno autoritario tan prolongado tuvo efectos profundos en las estructuras políticas, en la sociedad civil, en los valores individuales y en los comportamientos de los diferentes grupos sociales. En 1945, Europa occidental dejó atrás treinta años de guerras, revoluciones, fascismos y violencia. Pero España se perdió durante otras tres décadas ese tren de la ciudadanía, de los derechos civiles y sociales y del Estado de bienestar.

El principal responsable de que eso fuera así, Francisco Franco, ayudado por sus compañeros de armas y apoyado casi hasta el final por amplios sectores de la población española, se empeñó en llevar un camino diferente al de las democracias occidentales. Y durante años y años, muchos españoles defendieron y aceptaron estar organizados, y obligar a quienes no lo quisieran estar, conforme a estrictas reglas autoritarias.

Han pasado más de cuatro décadas desde la muerte de Franco y esa dictadura forma parte de la historia, un tema de estudio consolidado en los proyectos de investigación universitarios, en congresos y publicaciones científicas y en los programas que se imparten en la mayoría de los centros escolares. Pero es también objeto de controversia política y de debate público. Con memorias divididas, esos sucesos del pasado han proyectado su larga sombra sobre el presente y, frente a ella, necesitamos miradas libres y rigurosas. Más investigación y conocimiento y menos opiniones políticas desde el presente.

**REGISTRO FOTOGRÁFICO  
DE ENTREVISTA**

*Instituto de Historia  
PUCV*



Claudio Llanos, profesor Instituto de Historia, PUCV,  
Julián Casanova, Universidad de Zaragoza y  
David Aceituno, Profesor Instituto de Historia, PUCV



Conversatorio con Julián Casanova, Instituto de Historia,  
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso



Conversatorio con Julián Casanova, Instituto de Historia,  
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso



Claudio Llanos, Julián Casanova, David Aceituno,  
Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

**ENTREVISTA CON  
JULIÁN CASANOVA**

David Aceituno Silva  
Claudio Llanos Reyes

*Instituto de Historia  
PUCV*

## INTRODUCCIÓN

Hemos pensado hacer un recorrido por temas que hoy son contingentes y puedan servir a nuestros estudiantes, como son por ejemplo la calidad de su trabajo y la postura como historiador frente al espacio público.

Esos son contenidos que para nosotros son muy relevantes, y nos interesaría que hablemos un poco sobre ellos.

Nuestros estudiantes tienen la oportunidad de leer sus trabajos en varias etapas de su formación y en una de esas primeras oportunidades deben estudiar el libro “La Historia Social y los Historiadores”, que escribió hace un tiempo y ha tenido varias reediciones.<sup>1</sup> Ahí plantea la narración como un aspecto central para el historiador y cita a Lawrence Stone. Hoy es un momento importante para esta mirada, porque la economía, el lenguaje, la cultura asociada y la inmediatez pone a la historia en entre dichos sobre cómo responder a estos diversos problemas desde la historia social y la narración.

1 Casanova, J. (2015) *La historia social y los historiadores ¿cenicienta o princesa?* España: Editorial Crítica.

**En ese sentido, ¿considera que sigue teniendo vigencia dicha postura sobre la narración y la Historia? ¿En qué ha cambiado?**

El libro es, desde un punto de vista personal, una reacción a la mediocridad teórica y metodológica que yo había vivido en los años 70 en la universidad española. Está clarísimo que la Universidad estaba cambiando, pero en esos años se estaba haciendo una reconstrucción empírica para recuperar el tiempo perdido de una historia, que básicamente había sido política, ni siquiera positivista y donde en el siglo XX, las mejores interpretaciones y narraciones venían de los hispanistas: Gabriel Jackson, Raymond Carr, Paul Preston, Hugh Thomas, John Elliot, Henry Kamen y la gente que estaba en historia moderna.<sup>2</sup>

Luego es una propuesta de historia social frente a una historia política tradicional, cogiendo los ejes fundamentales de Aznares, de la historia marxista británica y de la historia relacionada con las ciencias sociales de Alemania. Era un momento en el que se estaba fraguando la transición entre la importancia de la historia social como tótem elegido para identificar a muchísimos historiadores y una nueva corriente denominada historia cultural, de tal forma que al igual que en los años 60 hay historiadores que dicen que “toda la historia es historia social o no lo es”, en los años 90, después de salir mi libro, salieron claras alternativas que decían “no hay historia si no hay historia cultural, porque la historia cultural lo es todo”.

2 Thomas, H. (2013) *Felipe II: El Señor del Mundo*. España: Editorial. Planeta; Elliot, J. (2012) *Haciendo historia*. España: Penguin Random House Grupo Editorial España; Jackson, G. (1976) *La República española y la guerra civil*. España: Editorial Crítica; Carr, R. (2009) *España: 1808-2008*. España: Ariel; Preston, P. (2014) *El final de la guerra*. España: Debate. Kamen, H. (1981) *La España de Carlos II*. Barcelona: Crítica.

Digamos entonces que entre mi primera edición de 1991 junto a la de bolsillo, hago un nuevo análisis que se denominó “secano español” y que montó una polémica muy importante en España, entre eso han pasado varias cosas; ha habido mucho mayor interés por la narración que cuando yo cerré el libro.

Es decir en *The Revival of Narrative* de Stone<sup>3</sup>, en los años 90 y principios del siglo XXI, era claramente una apuesta que se había empezado a consolidar, donde el posmodernismo había tenido una importancia capital en ese elemento, en que historia cultural mas narración, habían quitado una de las sustancias donde las señas de identidad que yo había planteado en el libro -que eran una relación entre teorías e historia- ya preocupaba menos, despojando del caudal teórico interpretativo a la historia para darle una mayor presencia narrativa.

Detrás de mi libro había al menos cuatro ejes súper importantes, el primero mostrar una evolución de la historia social, que salvo en inglés no había nada escrito de esas características pensado para estudiantes y profesores, lo que era un bagaje teórico fundamental. Ese era el primer objetivo del libro y creo que se cumplió rápidamente porque empecé a venir a Latinoamérica muy pronto después de su publicación en el año 1993, 1994, 1995 y capté su buena recepción en los estudiantes.

El segundo objetivo era abrir una perspectiva de debate en España que no existía. Hay que recordar que Santoscoy había sacado un libro sobre sociología histórica e historia social un año antes que el mío, y Fontana en

3 Stone, L. (1979). *The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History. Past & Present*. No. 85 (Nov.), pp. 3-24

el año 1983 que fue muy discutido y debatido, pero que también fue denigrado en muchos aspectos.<sup>4</sup>

En la revisión que hice del secano español me di cuenta de que en los años 90 había muchas cosas, pero en el libro no existía una asociación de historia y revista social ni de historia contemporánea, es decir el caudal que había creado la historiografía en todos los países con asociaciones y revistas en España no estaba. Había revistas viejas que caracterizaban fundamentalmente al consejo superior de investigación científica y que estaban transitando del Opus Dei a nuevas renovaciones de la historiografía.

El tercer debate que me parecía fundamental era decirle a la gente que, si no se viaja, no sale, no lee, por mucho que avancemos en la historiografía española no vamos a hacer nada y era una prevención también frente a la historia local. Sabemos que la historia local y la microhistoria, que es otra cosa, son muy importantes, pero creo que en España nos hace falta por primera vez hacer lo que han hecho con nosotros, ir fuera y convertirnos en especialistas en otras cosas. Esa parte que yo abrí se ha subsanado de alguna manera con gente que ha empezado a salir, pero todavía estamos en una situación en que el español investiga y escribe sobre España.

Desde ese punto de vista, el cuarto eje para romper con la vieja tradición española, que los libros solo se hacen para universitarios y para la universidad, entramos en la difusión de la historia mayor.

Para mí, esos son los ejes principales y todo eso lo pude hacer porque varias personas, entre ellas Álvarez Junco, mi hermano que ya estaba en Estados Unidos y va-

4 Fontana, J. (1982) *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*. España: Crítica

rios escritores en Zaragoza me habían hablado de la necesidad de salir.<sup>5</sup> Es decir, para mí todo aquello fue posible, porque después de la licenciatura, me di cuenta que tenía que salir a buscar y encontrar lo que no había podido hallar dentro de España.

Lo que ha cambiado en estos momentos, lo dije en el prólogo de la nueva edición con nuevo formato del 2015, es que hay mucha más narración que incluso lo que yo había prefigurado en ese libro. Hoy las editoriales tienen dos ejes; estás con el mercado o no te publico, o te publico porque eres muy bueno, pero también porque el libro del mercado me va a sacar adelante. Ha habido un cambio de editorial clarísimo, antes los libros con rigor salían adelante, ahora necesitan tener mercado.

Luego de ese punto de vista, ha habido un cambio que ha sido forzado un poco por las líneas editoriales, y creo que la influencia de las ciencias sociales, incluida la antropología y la sociología, es menor a cuando yo escribí el libro, pero sí hay una mayor presencia de la narración. Cuando se lee a Natalie Zemon Davis<sup>6</sup> ya no se le ve como una persona de la antropología cultural, sino que como alguien que ha hecho construcciones narrativas, ecos del pasado, huellas que nos pueden ayudar a comprender mucho mejor lo acontecido, por ello creo que el gran cambio historiográfico desde que yo escribí el libro ha sido el género.

Entonces estaba la vieja generación de los marxistas británicos que prácticamente no habían entrado, ya

5 Álvarez Junco, J. (2001). *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX. España: Taurus Ediciones*

6 Zemon Davis, N. (1993) *Sociedad y cultura en la Francia moderna*, España: Crítica.

pues, Thompson<sup>7</sup>, Hilton<sup>8</sup> y entre otros, vinieron después de la gran interpretación que hace François Dosse con “La Historia en Migajas” en Francia.<sup>9</sup> El libro dice hay que hacer un viaje desde la superestructura hacia abajo, aunque no hablan de género todavía, el género es la categoría y las manifestaciones.

He estado haciendo un libro sobre la violencia en Europa y me he dado cuenta de que no aparece nada de eso en los años 90. En la vieja Yugoslavia no hay un replanteamiento de la violencia sexual en los otros conflictos, en los años 70 y 80 no hay nada sobre el genocidio armenio y la violencia en la Revolución Rusa (la que no se ve en los archivos).

Por una parte, el balance es muy positivo porque se han movido muchas cosas, pero también creo que se ha desprovisto a la historia de una parte interpretativa teórica que había dado más frutos. Es decir, posiblemente toda la teorización que hace el marxismo británico y la sociología histórica hoy tendrían mucho menos espacio en el discurso histórico.

**Tomando esta tensión entre narrativas, teorías e interpretación que identifica a partir de los escritos de los 90, ¿cuáles serían los aportes más relevantes en el restablecimiento de lo teórico en tensión con la narrativa? ¿Cuál sería desde su perspectiva teórica-metodológica el conflicto de una historia nacional que se resiste a la comparación y a lo transnacional? ¿Cómo entra aquí lo global y lo na-**

7 Thompson, E.P. (2012) *La formación de la clase obrera en Inglaterra* Madrid, Capitán Swing Libros

8 Hilton, R. (2020) *Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*. España. Editorial siglo XXI.

9 Dosse, F. (2006) *La historia en migajas*. Mexico: Universidad Iberoamericana.

**rrativo con otras perspectivas que tensionan lo local de la provincia, región y Estado? ¿Cuáles caminos ve en este escenario que se ha abierto particularmente con esta nueva dinámica de lo comparativo y las posibilidades que ofrecen en términos prácticos las redes? ¿Cómo se baja de lo teórico a lo práctico?**

Está claro que en la tensión entre narraciones e historia existe también una tensión entre ficción y verdad, “*lo bello no se si puede ser verdad y lo real no se si puede ser bello*”. En ese sentido, cuando haces historia y te aferras a los hechos, la belleza literaria falla y cuando eso pasa, la realidad te lleva a otro lado, pero yo creo que conectando con esto hay una tensión nueva que es la historia y la memoria que en los años 90 tampoco estaba. Cuando estalla todo eso, tras la caída del bloque soviético y de las dictaduras en el cono sur, en ese momento en España es muy claro y ni se plantea este tema.

Las historias nacionales siguen siendo muy importantes y bloquean la perspectiva comparada. Siempre hay dos alternativas de interpretación: Los que consideran que la historia puede comparar similitudes y diferencias de historias nacionales, y los que piensan que las peculiaridades de las historias nacionales hacen incomprendible la comparación. En el fondo, el pesado legado del historicismo al final tiene una formación en que mucha gente cree que la historia es incomparable e irreplicable y que el historiador se sumerge en los hechos sin la contaminación del presente.

Ese debate está en la historia nacional e historia comparada, pero también en la subjetividad y objetividad, que es un tema que varía de la narración e imaginación histórica para escribir e investigar.

Para la historia social, la clase era el elemento fundamental y en los últimos años se han abierto grietas donde ha aparecido el género, la religión, la nación y la raza, lo cual es muy diferente a una reconstrucción de la historia del siglo XX como se hacía en los años 70. Eric Hobsbawm,<sup>10</sup> aparte de la periodización, ofrece un balance ideológico político de clase: Capitalismo, comunismo, fascismo y democracia, si su libro lo comparas con Mark Mazower en *La Europa negra: desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*<sup>11</sup>, ya están las naciones y los conflictos étnicos; Hobsbawm es un eurocéntrico residente, hay una historia nacional, pero también una reacción al imperialismo cultural de los grandes relatos historiográficos y esto es lo que hay en Latinoamérica.

En el Este, hay gente que dice que no existe el concepto de Europa, tal ni como lo plantean los historiadores y que el concepto tiene que absorber o incorporar al Este. Hay una guerra fundamental en los Balcanes antes de la Guerra Mundial, la revolución del 1917 en Rusia afecta fundamentalmente al Este, ambas guerras mundiales y sus posguerras también se viven de forma diferente en el Este y cuando se acaba la historia del capitalismo en Yugoslavia aparece una transición a la democracia en forma de guerra.

Es verdad que la nación y el Estado constituyen todavía una articulación del marco de la interpretación histórica, creo también que hay mucha gente que lo ha superado a través de análisis de similitudes y diferencias, pero sobretodo lo ha hecho mediante toques

10 Hobsbawm, E. (1978) *Revolucionarios. Ensayos contemporáneos*, Editorial. Ariel.

11 Mazower, M. (2012) *La Europa negra: Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*. España: Barlin Libros

de atención diciendo que su interpretación es como la historiografía clásica cuando era imperio, pero aquí le estamos ofreciendo alternativas a una interpretación donde nosotros hace tiempo fuimos colonizados. Hay historias desde África e India que han trascendido menos, esto se ha visto en los grandes departamentos de historia norteamericana, donde hay especialistas prácticamente de todos los países.

Esto se ve en España, que es un país que tuvo una concepción imperial siempre y no tenemos prácticamente especialidades sobre otros países en nuestra historiografía. Los americanistas españoles hasta el siglo XIX trabajan en archivos de indias y los especialistas españoles en Latinoamérica los puedes contar con los dedos de las manos, mientras que británicos especialistas en países colonizados tienes muchos, el concepto al que me refero es una especie de imperalismo cultural.

Ahora bien, lo que ofrece la comparación frente a la historia singular o lo que llamaría el individualismo metodológico, es que la historia solo la puedes captar en el contexto y que no se contamina desde el presente.

La historia comparada advierte, como lo decía Edward Carr en *What is History?*<sup>12</sup>, que toda historia es contemporánea desde que recoges los restos del pasado y los pasas por el filtro de tu interpretación desde el presente. El problema es la honradez que tienes para combinar la tensión entre tu cabeza y las fuentes; que es lo que sacas y como no ocultas lo que no te gusta.

En la misma línea, solo a través de las similitudes y diferencias podemos ver el mundo, la globalización y que

12 Carr, E. (1961) *What is History?* London: Macmillan.

todo aquello de la historia mundial era una interpretación económica, política e ideológica del capitalismo, pero no era historia comparada, porque este tipo de historia tampoco es paralela.

Estas no son la comparación de similitudes, porque la historia comparada tiene una estructura de comparación y debes hacerla explícita desde el principio y a partir de eso hay similitudes y diferencias que te obligan a utilizar un telescopio.

El siguiente concepto sería el de telescopio, que es la alternativa a la microhistoria. La visión de la historia comparada nos parecía un poco empírica, pero en realidad es la modernización a través de la cual tengo una interpretación. Ante esto el historiador reaccionaba diciendo que no tenían en cuenta sus estudios locales ni nacionales, que no saben nada de España y todo lo que sabe es a través del inglés.

Yo siempre vi que en la peor de las interpretaciones comparadas había un bagaje para discutir, mientras que en la peor de las interpretaciones empíricas no había nada. Ahora, una buena interpretación empírica o historiográfica comparada, tenía muchas similitudes, pero la peor de las comparaciones eran siempre más imaginativa, que la peor de las visiones empíricas.

Este era un poco el planteamiento que cogí desde el principio. Pese a ello di una 'vuelta de tuerca' a esto cuando me invitan a ser parte de la Central European University, donde me percaté por primera vez que la Europa del este existe de verdad y hay que hacer un viaje diferente.

**En general su historiografía y sus actividades profesionales han estado vinculadas a temas controversiales, ¿cómo se pone en juicio la objetividad del historiador? ¿Cómo un historiador se enfrenta a estos temas polémicos o candentes?**

Cuando yo empecé mi carrera como historiador y me planteé por primera vez esto, me di cuenta de que el tema de las víctimas y la represión franquista de aquel tiempo estaba prácticamente inexplorado, de alguna forma se hacía un compromiso y una proyección social, la que si no se sacaba de la universidad no la íbamos a conseguir.

Empecé a escribir en *El País* cerca de 300 artículos, de los cuales mínimo 80 giran en torno a la represión, a la violencia y a la memoria en Argentina, Chile y España con la guerra civil, el franquismo y las dictaduras del Este.

Recuerdo hace 13 años una conversación con Julia Otero, donde me decía que ella me había escuchado y me seguía, pero que creía que debía salir como los buenos intelectuales de la Torre de Marfil y lanzarme a los medios de comunicación, porque se necesitaban personas con perspectivas diferentes.

El lenguaje de la radio exige muchísimo, pero tiene una gran ventaja frente a la televisión, y es que no te expone porque nadie te está viendo, pero la desventaja es que cuando colaboras semanalmente para difundir la memoria de las víctimas, te tienes que tragar temas que posiblemente no te interesen y otros historiadores puedan interpretar diferente y pensar que estás hablando de política o participando en determinadas cosas.

Siempre que hay un tema de historia o memoria yo llamo a esta periodista y le digo que es importante, de lo contrario te sigues quejando de la universidad y que la historia nunca está en el horizonte público. Ahí es donde había una proyección social que me interesó mucho y que además me lo planteé como una batalla por el tema de la memoria de las víctimas, sobre todo por difundir las mentiras y la propaganda sobre la guerra civil del franquismo.

De tal forma que, si hubiésemos conseguido objetivos antes como Franco fuera del Valle de los Caídos, posiblemente hoy me hubiese empezado a desplazar o a retirar de temas de comunicación porque ha habido una evolución; hoy hay más gritos, hay más insultos que cuando yo entré. Las redes sociales participan de una forma diferente, es muy difícil que hoy des una opinión formada sólida y que te respeten, la gente quiere que tu digas lo que ellos quieren oír, no que digas lo que tu crees que con tu conocimiento debes transmitir.

Las personas creen que yo me dedico a los medios de comunicación y en realidad mi idea de enseñanza es lo que me deja más contento en la vida, con todo lo que he podido enseñar y lo que he podido investigar y difundir.

He dirigido 35 tesis doctorales y muchos de los discípulos que tuve están fuera, todos los que pasaron por mi vida han tenido estímulos para salir. Me ha costado muchísimo, me estoy medio retirando de ese tema, pero es uno de los grandes legados que me interesa dejar: haber ayudado a tanta gente a pensar, centrar investigaciones y haber incluido a mujeres en libros colectivos y en proyectos de investigación de las tesis

doctorales, en un momento que los departamentos estaban dominados por hombres.

Yo sé que la comunicación de la historia es un elemento fundamental para establecer puentes de enseñanza y para decirle a un estudiante que se interesa por mi trabajo que venga a España, tiene ahí los archivos y que van a contar con mi apoyo. Por otro lado, a un historiador español en formación, lo insto a que vaya a Chile, se contacte con las personas del Instituto de Historia, que se meta en la historia de Chile y haga un proyecto de investigación. Todo eso si no viajas ni conectas, no lo vives.

**En estas dinámicas de la participación del historiador o académico que entra al campo de lo intelectual y al debate de lo que se discute socialmente. Es decir, el académico transformado en intelectual que ya no está en la Torre de Marfil como usted decía, sino que plantea a la sociedad lo que creemos que la sociedad requiere o de que manera podemos aportar a ella. ¿Cómo ve el resurgimiento de los problemas y de los fenómenos de violencia, de detención y de racismo que estudia en su libro *Europa contra Europa*? ¿Cómo ve este fenómeno y cómo se puede ver a través del telescopio para otras regiones como América Latina? ¿Cuáles serían los indicadores o variables que consideraría en un análisis sobre éste aspecto?**

Cuando cerramos el libro *Historia de España en el Siglo XX*<sup>13</sup> el año 2009, el balance era bastante triunfal, España había dejado de ser un país de segunda, el analfabetismo había desaparecido y los grandes conflictos de la violencia habían sido sustituidos por una sociedad

13 Casanova, J. (2012) *Historia de España en el Siglo XX*. España: Ariel.

civil con una legislación social importantísima, junto a sanidad y educación pública. Tres o cuatro años después cuando el libro apareció el 2012 y 2013, el balance estaba marcado por la crisis del 2008 y en Europa pasó exactamente igual.

Cuando yo escribí *Europa contra Europa*<sup>14</sup>, la gente ya no analizaba solamente el libro, sino que me preguntaba ¿cómo esto se plasma hoy? Y yo siempre cubría con la cita de Mark Twain “La historia no se repite, sino que rima”, esto va ligado a lo que decía Natalie Zemon Davis, que según los ecos que escuchas vienen cosas o vienen otras. Muchas cosas rimaban de la Primera Guerra Mundial y del balance de entreguerras, por supuesto que lo podíamos pasar a Latinoamérica, ya que tuvieron una época en la que las dictaduras estaban atrás, y de repente reaparecen los ejes de violencia.

Vista desde la perspectiva española, el hecho de que haya fuerzas armadas y policiales subordinadas a un poder civil y que no exista una división de estas fuerzas ni haya paramilitarismo puede generar discusiones parlamentarias, incluso con agresividad verbal. La gente puede percibir que los políticos están siempre discutiendo, pero la violencia al fin y al cabo la controla el Estado, le dices al Estado que crees en la democracia a cambio de una sociedad civil fuerte que debe protegernos, pero no se puede pasar esa barrera y es lo que ha pasado en Latinoamérica, Hong Kong y Cataluña.

Me parece que no estamos repitiendo la historia, pero estamos en un momento que es mucho más difícil de predecir y esto abre muchas posibilidades en América Latina y en otros países. El tema de Cataluña que se

14 Casanova, J. (2011) *Europa contra Europa (1914-1945)*. Barcelona: Crítica.

veía medio hibernado de repente aparece en el horizonte, ahora la historia de Barcelona o de Cataluña en el mundo ya no aparece como una independencia, sino que ahora aparece todos los días como una hoguera, un corte de carretera o el bloqueo de la frontera, sin noticias que trascienden realmente.

El otro día una líder independentista dice que esa es la forma de ser visibles, entonces cuando alguien piensa que la violencia te da visibilidad estamos en un punto diferente.

Desde esa visión no hay ningún debate social sobre la redistribución de la riqueza, solo que Madrid roba a Cataluña, como si Cataluña fuera una especie de nación donde no hay clases, conflictos, inmigración ni personas diferentes, sino todo Cataluña frente a Madrid.

De esta forma, creo que ahora hay una especie de aceleración de la historia que vivió la gente de los años 20 y 30, pero los que vivimos en una época donde después del 1945 en Europa, las cosas se calmaron totalmente y los que vivimos en la dictadura de Franco posteriormente, la sociedad entró en algo que muchos consideraron un milagro.

Así también los que han vivido las dictaduras en Latinoamérica y vivieron el cierre de ellas, y por supuesto, todos los que han vivido la construcción de sociedades diferentes a partir de 1989 en el Este, que no habían tenido un gramo de democracia histórica, excepto en Chequia, no había ninguna experiencia liberal democrática en el siglo XIX y XX.

Todo eso se empezó a derrumbar de alguna forma el 2008, es así como en Europa hay conflictos muy claros que se pueden vislumbrar: Países que entran y se

integran en Europa como Hungría, Polonia, etc., pero que cogen el dinero y corren, y a cambio no aceptan ninguna cuota de inmigrantes, entonces la integración de Europa ha fallado por todas partes.

En segundo lugar, ha habido una construcción de Europa donde está clarísimo que hay ejes de velocidad y de distribución de riquezas tremendas, donde ha habido intentos muy serios de romper con la gran conciencia social, en la cual los servicios públicos y los beneficios sociales eran los ejes de la democracia.

No hay democracia si no hay subordinación del poder civil al poder de las fuerzas armadas ni una distribución mayor de riquezas, la cual es muy difícil. Lo realmente importante es que en un momento determinado una división de fuerzas armadas provoca un conflicto armado que nos haría regresar de alguna forma con toda esa pugna anterior.

**¿Cómo esperamos que estas entrevistas sean leídas por nuestros estudiantes? ¿Cómo un historiador de su nivel emprende un trabajo de investigación histórica en términos metodológicos y teóricos? ¿Cuál es el proceso que hay detrás?**

Yo creo que hay un déficit en muchas universidades del mundo. No hay asignatura en el primer año de carrera sobre cómo pensar crítica y analíticamente para poder diferenciar las fuentes y a partir de ahí precisar un trabajo de narración y un ensayo.

Entonces, hay que aprovechar todas las asignaturas para en un momento determinado, introducir a los historiadores no tu percepción historiográfica sobre lo

que piensas de la historia, sino que como emprendes y diseñas un trabajo de investigación.

Mi enseñanza se basa fundamentalmente en que la investigación requiere una disciplina; tienes que tener algún sistema por el que sacas la información, ya sea a través de fichas, en ordenador, pero la procesas, no puedes subrayar libros ni escribir en una hoja.

Tiene que haber un trabajo metódico de investigación, que te sitúe en las bases fundamentales de los elementos y las técnicas del trabajo científico. Una vez entendido eso está clarísimo que el segundo paso antes de ir a un archivo es leerse los libros, trabajos, artículos, capítulos básicos, para no hacer un viaje, al contrario. Entonces primero pensar, orientarse metodológicamente y luego aplicarlo a la investigación.

La formación de una carrera tiene que ser a través de las lecturas, son muy importantes los elementos y técnicas del trabajo científico, pero lo fundamental es aprender a leer críticamente. Entonces, necesariamente hay que enseñarles qué es la historia, por qué hay diversas percepciones y por qué es tan difícil llegar a un acuerdo sobre qué es y cómo interpretarla, y a partir de allí hacer un epílogo.

La diversidad interpretativa es una ventaja y no un déficit, te van a decir por ahí que los historiadores discutimos y que aquello es algo negativo, pero nosotros avanzamos a través de debates y diversidad. Por ejemplo, que haya diez concepciones diferentes sobre el fascismo es lo que nos hace avanzar, si hubiera una ortodoxia sobre cualquier fenómeno histórico, ese acuerdo es religioso, pero no historiográfico y eso es lo que necesitamos.

Desde el día que empiezo hasta que termino un curso las clases están llenas de contenido e historiografía y aprovecho cualquier oportunidad para introducir la forma de leer, precisar y comunicar. Siempre tengo en cuenta que una buena parte de estos alumnos van a ser profesores de instituto y les digo siempre que no olviden que después van a tener que bajar el nivel y buscar la forma para enseñar a jóvenes de 15 o 16 años, pero no tienen excusa, aunque no hagan caso ni tengan interés en la historia es tu obligación hacerlo, y si no lo haces tienes parte de la responsabilidad.

La comunicación en la enseñanza es fundamental, porque lo otro se puede leer en los libros, pero yo pongo mucho énfasis en la precisión, documentación y sobre todo la lectura crítica, porque creo que es lo que hoy está fallando, se lee de una forma muy superficial.



C O L O F Ó N

Este libro ha sido editado por el  
Instituto de Historia de la Pontificia  
Universidad Católica de Valparaíso.

En su interior se utilizó la  
tipografía Adobe Caslon Pro,  
ocupada en todas sus variantes.

Su presente versión digital  
se termina de diagramar  
en Marzo de 2021.

Viña del Mar, Valparaíso





**David Aceituno Silva.** Doctor en Historia Contemporánea y América por la Universidad de Salamanca, España. Profesor del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y Jefe de Docencia del Instituto de Historia. Ha realizado estancias de investigación postdoctoral en el Instituto de Iberoamérica de la Universidad de Salamanca, becado por la Fundación Carolina y el Coimbra Group. Sus investigaciones se centran en la Historia reciente de Chile, la transición chilena, su enseñanza y la educación para la ciudadanía. Ha participado en investigaciones internacionales sobre Chile y España (HISREDUC y TRADDEC) Es coeditor del libro “Chile 1984-1994. Encrucijadas de la Transición de la Dictadura a la Democracia” (2020) y ha escrito más de treinta artículos y capítulos de libro. Entre los más recientes están: “Antecedentes y herencias de la dictadura chilena en las ideas y legislación sobre la migración (1953-2018)” (2019), y “Patricio Aylwin y la Transición a la democracia en Chile: datos para una biografía intelectual” (2020).

**Claudio Llanos Reyes.** Doctor en Historia por la Universidad de Barcelona (2007). Es profesor de historia contemporánea en el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile. Desde el año 2011 es editor de la revista Historia 396 y desde 2017 es Director del Programa de Magíster en Historia del Instituto de Historia. Su área central de investigación son las relaciones Estado y Sociedad, con desarrollo de proyectos relacionados con ideas y políticas relacionados con el Estado de Bienestar; las discusiones políticas sobre la salud en Chile en los años 1930 y debates políticos y sociales en torno al desempleo en Alemania Federal y Chile desde la década de 1970. En la actualidad dirige investigaciones patrocinadas por el Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico de Chile (Fondecyt) y por la Fundación Alexander von Humboldt, Alemania. En 2015 fue Becario Georg Forster Research Fellowship for Experienced Researchers de la fundación Humboldt en la Universidad de Múnich, Alemania. Además de artículos en revistas especializadas de Chile, España, Brasil, Colombia, entre otras, ha publicado dos libros, “Una breve sonrisa del capitalismo. Elementos histórico-políticos del Estado de bienestar británico y alemán”. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso (2015) y “Cuando el Pueblo Unido fue Vencido. Estudios sobre la vía chilena al socialismo”. Ediciones Universitarias de Valparaíso (2015), este último seleccionado entre los mejores libros del año 2014. Ha desarrollado estancias de Investigación en el Reino Unido y Alemania.

**Julián Casanova Ruiz** es un historiador español. Es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza. Ha sido profesor visitante en prestigiosas universidades británicas, estadounidenses y latinoamericanas, entre ellas Queen Mary College (Londres), Harvard, Notre Dame, New School for Social Research (en Estados Unidos) y Central European University (Budapest). Durante el curso 2018-19 fue miembro del Institute for Advanced Study de Princeton, USA. Es miembro del consejo de redacción de varias revistas científicas (entre ellas, Historia Social, Cuadernos de Historia de España –Buenos Aires– y The Internacional Journal of Iberian Studies).

Es colaborador habitual de las páginas de opinión de El País y forma parte del Gabinete de Julia en la Onda, Onda Cero. Participa también en el programa 24 horas de RNE. Ha publicado además numerosos artículos en diferentes revistas especializadas.

Entre sus obras más importantes están: *La historia social y los historiadores* (Editorial Crítica, 1991; edición de bolsillo en 2003; nueva edición en 2015); *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón, 1936-1939* (coautor, Mira Editores, 1992; primera edición en Siglo XXI, Madrid, 1992); *Víctimas de la Guerra Civil* (coautor, coordinado por Santos Juliá, Temas de Hoy, 1999); *La iglesia de Franco* (Temas de Hoy, 2001; edición con notas en Crítica, 2005); *Guerras civiles en el siglo XX* (coordinador, Fundación Pablo Iglesias, 2001); *República y guerra civil* (Crítica/Marcial Pons, Barcelona, 2007; edición en inglés en Cambridge University Press, Cambridge, 2010); *La guerra civil española* (coordinador con Paul Preston, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 2008), entre otras.



EDICIONES  
INSTITUTO DE HISTORIA